

y maltrecho: «Eterno y omnipotente Dios, cuánta es la fuerza del mundo y cuán débil la confianza que en tí ponen los hombres. Si convierto los ojos á la humana sociedad, todo concluye para mí; está decidida mi suerte; y mi condenacion pronunciada. ¡Oh Dios, Dios, Dios mio, sé conmigo contra la razon y la sabiduría de este mundo; porque debes hacerlo así tú, tú mismo. No se trata de mi causa, sino de la tuya. De grado pasara mi vida en paz, sin luchas y sin congojas; pero se trata de tu causa ¡oh Señor! y es justa y es eterna. Sé, pues, conmigo, Dios justiciero y etérnal. Jamás he puesto mi confianza en el hombre. ¿Me oyes, Dios mio? ¿me oyes? ¿Habrás muerto? Tú no puedes morir; puedes solamente velarte la faz. ¡Oh! Dímelo. ¿No me has escogido para esta obra? Siento y conozco que me has escogido. Ven, pues, á mi lado ¡oh! Dios, para gloria de tu unigénito Jesus. Aunque mi cuerpo, hechura de tus manos, puede perecer, romperse en pedazos, mi alma es tuya, mi alma te pertenece, y permanecerá contigo eternamente: amen.» Todas estas exclamaciones, todas estas congojas, todos estos salmos entrecortados por los sollozos y en los cuales se oyen latir las sienes y palpar el corazón de un gran orador angustiado por el sublime ministerio que ha debido asumir en virtud de providenciales decretos, prueban cuánto padece aquella individualidad, por grande y fuerte que parezca, destinada en minutos providenciales á recoger y reconcentrar en su seno el espíritu de la humanidad, y el impulso hácia los humanos progresos.

Mientras Lutero se angustiaba de esta suerte, Alemania sentia como el rejuvenecimiento de su sangre apercebida en aquel momento, como pura y jóven, á verterse por sus jóvenes y puras ideas. Con su nueva fe comenzaba como á brotar su nueva lengua; y con su nueva lengua y con su nueva fe comenzaba como á sentir el amor reconcentrado y profundo á la naturaleza y á la libertad. Sus campesinos se identificaban con los campos, sus músicos repetian la lengua de las aves, sus trabajadores formaban corporaciones de artistas y de poetas, sus estudiantes se iban de pueblo en pueblo errando á su arbitrio y componiendo coros que enardecian la sangre en las venas y el entusiasmo en las almas. Y para condensar todas estas grandes aspiraciones, surgia un hombre, que hubierais tomado por un alquimista de la Edad media ó por un doctor de la teología angélica; penitente ayer y hoy tribuno; en el

claustro menos que un cadáver y en el mundo mas que una revolucion; dotado de la carcajada del campesino ebrio de cerveza y del éxtasis de los ángeles ceñidos por aureolas de divino éter; tan práctico cual uno de aquellos banqueros que compraban imperios en cuanto podia hallarse comprometido con los poderosos del mundo y tan idealista como los poetas nómadas, como los cantores errantes, como los escolares que vivian de las ideas, de la música, y de la poesía; inmensa figura, en la cual se condensaba toda la historia de la poética Alemania. Y no solo se condensó lo pasado, la historia, sino que se adelantó en su alma lo porvenir, la esperanza, y con la esperanza, el arte. Aquellos nervios acerados trocáronse en una grande arpa; aquella garganta se trasformó en la trompeta gigantesca de un órgano invisible; aquel argumentador, que parecia tener inteligencia tan solo para inventar y emitir silogismos, trocóse en el poeta que como animado por una especie de primavera espiritual despedia la miel de las grandes inspiraciones; aquel monje, envuelto en el cilicio de la penitencia, fué desde este punto un Orfeo, con su lira de luz en las manos; cantando y difundiendo la música moderna, cuyas cadencias pueden llamarse el himno del espíritu y el hosanna de la libertad. Para comprender todo lo que era de música y armoniosa la Reforma, no hay como ir á los oficios de una catedral protestante, que despojada de sus cuadros y de sus estatuas, sin altares en las capillas desiertas, sin nubes de incienso en el aire triste y frio, sin clero que la anime con sus procesiones solemnes y con sus pintadas dalmáticas, sin serafines ni ángeles que batan sus alas en las ojivas, sin sagrados ni santuarios, boga como nave mística hácia lo infinito, cuando suenan los acentos del órgano y á los acentos del órgano se mezclan los acordes de todo un pueblo que entona en coro los divinos salmos. Lutero fué el compositor tanto de la letra como de la música, que formaban el himno revolucionario por excelencia, el coral sublime conocido con su nombre, y que se parece al himno levantado por el pueblo de Israel al Dios de Abraham en la hora sublime de precipitar á los soberbios Faraones en las hirvientes aguas del mar Rojo. Hé ahí el privilegio de la Reforma: intérprete de la igualdad cristiana, busca en las profundidades del alma el sacerdocio natural que cada hombre trae consigo al nacer, como intermediario entre el cielo y la tierra; coge el libro, que antes leia tan solo una

aristocracia eclesiástica, y lo entrega á todos los hombres; despierta en la vida moral la conciencia libre y en la vida intelectual el libre exámen; llama á los fieles á cantar en coro bajo las bóvedas de las iglesias como si la universalidad de los ciudadanos formara el cuerpo eclesiástico; y por estos divinos caracteres, á pesar de sus horribles dogmas sobre la predestinacion y el albedrío, nunca bastante reprobados, entra como saludable levadura en el moderno progreso.

CAPITULO III

LA DIETA DE WORMS

No se acaban nunca las anécdotas relativas á este viaje de Lutero. Trausch cuenta en el tomo segundo de su «Crónica de Estrasburgo» que el bufon del duque de Baviera, ridículamente vestido, como todos los bufones, aguardaba al doctor en la puerta de Worms; y al verlo venir, dijo agitando una cruz que llevaba en la mano derecha y un cirio que llevaba en la mano izquierda: «Ya llegó aquel á quien esperamos en tinieblas.» Lutero mismo cuenta en sus cartas y memorias cómo, en la noche de su llegada, se le presentó el Landgrave de Hesse y le preguntó si era verdad que toda jóven tenia, segun su doctrina, derecho á divorciarse de un marido maduro para unirse con otro mas verde. Lutero no pudo menos de sonreir viendo cómo las viejas ideas calumnian á las nuevas, y contestar con una ligera broma á la pesada broma del monarca. Despues de recibir todas estas visitas, despues de rezar todas sus oraciones; cuando ya estaba solo y las súplicas á Dios habian serenado su alma, se asomó el monje á la ventana, miró al cielo inmenso, y fortalecido por aquella mirada, cogió la flauta, que nunca se apartaba de él, y tocó una suave melodía religiosa, como si quisiera juntar música de su composicion al coro incomunicable de los astros. A la mañana siguiente, un mariscal del Imperio, precedido por un heraldo de armas, personóse en su alojamiento, y le notificó que el Emperador le ordenaba comparecer á las cuatro de aquella misma tarde, ante Su Majestad, ante los príncipes, ante los electores, ante los generales y jefes de las órdenes del Imperio. El monje res-